



Sus amigos le acompañaron hasta algunas leguas mas allá de Wittemberg. Al separarse, con toda la efusion del afecto, dijo Lutero:

—*In manus tuas, Domine, commendo animam meam.*

—*Amen*, contestaron en coro sus discípulos.

Lutero se puso en seguida alegremente en camino. Muchas veces se detuvo con la mira de volverse atras: tan violentos eran sus dolores de estómago; pero su corazon era mas fuerte que la enfermedad. Continuó, pues, su camino, aceptando la hospitalidad que se le ofrecia cuando no podia guarecerse en algun convento.

Despues de un largo viaje, divisó por fin los campanarios de Augsburgo, y lloró de gozo. Una multitud numerosa, agrupada á las puertas de la ciudad, deseaba ver al doctor, cuyo nombre era ya tan popular. Los poetas al estilo de Hans-Sachs, á quienes llamaban *cantores*, y que eran en su mayor parte zapateros, carreteros y sombrereros, le miraban con orgullo. Sus amigos le esperaban. El Dr. Conrado Pentinger le llevó á su casa, en donde tenia preparada una frugal cena. Esto pasaba el viérnes 8 de octubre de 1518.

El tercer dia le entregaron sus amigos el salvo-conducto imperial que esperaban con tanta impaciencia.

Entonces escribió al legado que estaba pronto á comparecer ante su presencia. Cayetano le habia enviado antes un sacerdote para que se retractase; pero no quiso escucharle.

Al dia siguiente Lutero hizo su rezo acostumbrado; leyó algunos versículos de los Salmos, su libro predilecto, y se presentó al legado. Acompañábanle sus amigos, y algunos grupos del pueblo, reunidos en las escaleras del palacio, le acogieron afectuosamente. Apareció el legado, y se adelantó hácia el monge, á quien abrazó con efusion. Lutero se arrojó á los pies del Cardenal:

—Perdon, monseñor, dijo: si se me han escapado algu-

nas palabras imprudentes, estoy dispuesto á retractarme, si me probais que encierran culpabilidad.

Cayetano se levantó, diciéndole:

—Hermano, no es mi propósito disputar: os pido de órden de Su Santidad que os retracteis de vuestros errores, y que os abstengais para en lo sucesivo de enseñar nada que pueda turbar la paz de la Iglesia.

—Padre mio, contestó Lutero: mostradme en qué he pecado.

—De nuevo os lo repito, hijo mio, replicó Cayetano; no he venido aquí á disputar con vos, como en una escuela. No soy vuestro juez, sino un enviado de nuestro Padre comun, á quien no há mucho tiempo escribisteis: «Aprobad, condenad, apelad, recordad, estoy pronto á escuchar vuestra voz como la voz de Dios.» Así, pues, retractaos, porque tal es su voluntad.

—¿Retractarme yo? dijo Lutero: ¿qué errores he propagado?

El Cardenal le citó dos proposiciones: primera, que los méritos de Jesucristo no son los tesoros de las indulgencias: segunda, que para ser rehabilitado bastaba solo la fe. Recordole la Bula de Clemente VI sobre las indulgencias, *Extravagans, in sexto decretalium*, y la doctrina universal de la Iglesia acerca de la necesidad de la fe asociada de las buenas obras.

Lutero comenzó á citar los principales artículos de la *Estravagante*, con una exactitud tal de palabras, con tanta seguridad de memoria, que dejó asombrado al Cardenal.

—Conozco esa Bula, añadió; la conozco; es como toda obra humana, en donde se ha dado tortura al espíritu y á la letra de las Sagradas Escrituras.

El Cardenal, levantando la voz, dijo:

—Hé aquí á Santo Tomás; hé aquí la *Estravagante*.

Impacientado Lutero, empezó á gritar con voz mas fuerte:

—Si vuestra Bula enseña que los méritos de Jesucristo son los tesoros de las indulgencias, me retracto.

—Pero acordaos de estas palabras, repuso el Cardenal: *Christus sua passione acquisivit.*

—Reparad en la última espresion, reverendo Padre; *acquisivit.* Si Cristo adquirió méritos, estos no son un tesoro.

El Cardenal se sonrió de despecho, y le interrumpió, repitiendo:

—Os retractais, ¿sí ó no?

Muchas horas hacia que duraba la discusion, ya en tono agitado y vehemente, ya interrumpido ó languideciendo, mezclada de abundantes citas, cuando el legado se acordó de la palabra que habia dado de no disputar, y se la recordó sonriendo á Lutero.

—Concluyamos, añadió. Os retractais, ¿sí ó no?

Lutero pidió un plazo de tres dias para contestar, despues de lo cual se separaron.

Mas no esperó al tercer dia. Al siguiente se presentó acompañado de cuatro senadores, de numerosos testigos y un notario, y entregó al Nuncio una protesta en forma, en la que declaraba «que nunca habia tenido intencion de enseñar nada que pudiese ofender las doctrinas católicas, las divinas Escrituras, la autoridad de los Santos Padres, ni los decretos de los Papas; que, por lo demas, si habia incurrido en error, como hombre débil que era, ofrecia someter sus escritos al juicio del Santo Padre, de las Universidades de Basilea, de Friburgo, de Lovaina, y de Paris sobre todo, madre y modelo de todas las Universidades.»

Cayetano empezó á recordarle sus palabras de la víspera.

—Harto tiempo, respondió Lutero, hicimos ayer el oficio de gladiadores: están de mas las palabras de los hombres, cuando únicamente la Sagrada Escritura puede ponernos de acuerdo.

—*Non digladius sum*, replicó el Cardenal, aprovechando la palabra que se le habia escapado á Lutero. No se trata ya de disputar: yo he venido solamente para recibir vuestra retractacion, y para reconciliaros con la Iglesia.

El monge guardó silencio, como si se hubiese arrepentido interiormente de la espresion de que se habia servido.

Entonces Staupitz, que estaba á alguna distancia, se aproximó al Cardenal, y le pidió que permitiese á Lutero defenderse por escrito.

—Y ante testigos, añadió el doctor.

El Cardenal hizo con la cabeza un signo negativo.

—Sí, continuó Staupitz: ante algunos testigos.

El Cardenal vaciló por un momento; pero al cabo dijo: —Pues bien: consiento en ello; os oiré; pero no olvideis que yo no soy aquí vuestro juez.

Lutero pasó la noche en preparar su defensa, que no era mas que una tesis, ó, mejor dicho, la justificacion de sus doctrinas.

En el momento mismo en que escribia esta defensa «que debia confundir á Cayetano,» preparaba su apelacion al Papa; porque no queria retractarse á ningun precio «ni de una sílaba.»

Al dia siguiente presentó su carta al Nuncio: Cayetano la examinó.

—Pero esta es una apología, dijo á las primeras líneas, y no una discusion. Ved si no, añadió señalándole con el dedo el pasaje de Panormita: esto es monstruoso; y ¿queriais que pudiese á la vista de Su Santidad tan odiosas palabras, despues de las seguridades de filial obediencia que le habeis dado?

Continuó leyendo, dirigiendo de vez en cuando miradas de despecho á Lutero, encogiéndose de hombros ó haciendo sonar sus dedos á la usanza italiana.

—Pero, repuso Lutero colérico, y dejando de hablar di-

rectamente con el legado; que lean lo que digo: yo nada afirmo; apelo solo al testimonio de Leon X.

—Hermano, hermano, dijo Cayetano: ayer estabais tranquilo, y hoy os dejais llevar de vuestro arrebató. La verdad es que Su Santidad os ha juzgado ya, á vos y á vuestras doctrinas. ¡Vamos! añadió aproximándose y cogiendo las manos del monge: todavía es tiempo; como antes deciais, estoy pronto á interceder por vos con nuestro Padre comun; no os detenga, pues, ni la vanagloria, ni los malos consejos, ni una ciega obstinacion: retractaos.

Lutero guardó silencio.

—¡Pues bien! añadió Cayetano: no volvais á verme; todo ha concluido entre nosotros.

Inclinose Lutero, y salió.

Pero aquella misma noche, despues de la cena, Cayetano llamó á Staupitz y á Wenceslao Linck; tuvo con ellos una larga conferencia, y les encargó que influyeran en el ánimo de Lutero con más eficacia que él lo habia hecho. Hízoles tan vivas instancias en nombre de Leon X, de la paz pública y del reposo de la Sajonia, que prometieron ir á ver inmediatamente á Lutero, y cumplieron su palabra.

Lutero, conmovido hasta el punto de derramar lágrimas en esta mision de caridad, escribió al Nuncio una carta llena de afectuosos sentimientos, de la cual citaremos algunos fragmentos.

«Ahora lo confieso; sí, he sido violento, hostil, insolente hácia el nombre del Papa. Me he dejado llevar de mi genio, y hubiera debido tratar con más reverencia una cuestion tan grave, y al contestar á un loco evitar parecerme á él. Estoy afectado, arrepentido, y lo diré á quien quiera oirlo. En lo sucesivo os prometo, padre mio, hablar y proceder de otro modo; Dios me ayudará. No hablaré más de las indulgencias, con tal de que impongais silencio á los que me han conducido á este extremo.

«En cuanto á la retractacion, mi reverendo y querido padre, que vos y nuestro Vicario pedis con tanta insistencia, no puedo darla en manera alguna; mi conciencia me lo prohíbe, y nada en el mundo, ni órdenes, ni consejos, ni aun la voz de la amistad, podrian hacerme hablar ó proceder contra mi conciencia. Queda una voz que oir, que vale por todas las demas: esta es la voz de la esposa, que no es otra que la del esposo mismo.

«Os suplico, pues, humildemente, que sometais esta cuestion al juicio de nuestro Santo Padre el Papa Leon X, á fin de que la Iglesia falle sobre lo que es preciso creer ó desechar.»

¿Qué restaba por hacer á Cayetano, que habia agotado, aun cuando el testimonio de Lutero no bastase á confirmarlo, las exhortaciones benévolas, las palabras de paz, los consejos de la amistad y de la prudencia? Aun se lisonjeaba con la idea de una reconciliacion, cuando la apelacion de Lutero al Papa, fijada en las paredes de la catedral y del convento de carmelitas, desvaneci6 todas sus esperanzas: ya no podia abrigar ilusion alguna.

Lutero se apresuró á dejar á Augsburgo. Staupitz habia hecho preparar un caballo para su amigo, dándole por guía á un labriego, que conocia los caminos.

El 30 de octubre el doctor conoció en Nuremberg la Bula en que el Soberano Pontífice esponia la doctrina tocante á las indulgencias.

Encolerízase, y escribe á Staupitz:

«Ciertamente que apenas puedo creer que semejante monstruosidad haya salido de un Papa, y sobre todo de Leon X. Sea quien fuere el bellaco que á la sombra de este nombre intenta de tal modo amedrentarme, debe saber que comprendo la burla: si viene efectivamente de la cancelleria, yo les haré ver sus grandes iniquidades y su ignorancia supina.» Los romancistas empiezan á temblar y á perder la confianza en sus obras.

¿Quién diría que el pobre niño que mendigaba un pedazo de pan en Magdeburgo escribiría algún día en semejante estilo? Nada en este Breve explica los arrebatos de Lutero contra Leon X; ni aun siquiera se pronuncia en él el nombre del monge.

El Papa hubiera podido excomulgar á Lutero, y prefirió, sin embargo, como observa el historiador anglicano Roscoe, poner á prueba la sinceridad del doctor. Jefe visible de la tierra, viva imagen del Hijo de Dios en la tierra, Leon X venia, en nombre de la omnipotencia de Cristo, á decir á un sacerdote: «Hé aquí la doctrina de la Iglesia; lee y obedece, ó serás espulsado de la comunión de los fieles. La eficacia de las indulgencias es dogma de fe. Si tu razon la rechaza, no eres ya mi hijo; no eres ya uno de los eslabones de esa gran cadena que se unia á los discipulos de Jesus; no eres ya una gota de agua de este océano católico, que no se secará hasta la consumacion de los siglos: te abandono en nombre de Cristo, como á Juan Huss, á Wiclef y á todos los que, así como tú, han querido guiarse por solo su razon, en vez de seguir esta luz, que iluminará á todo hijo dócil hasta la espiracion de los tiempos.»

¿No era este un bello lenguaje?

CAPITULO VIII.

EL PUEBLO ALEMÁN: MILTITZ.—1518-1519.

El pueblo alemán favorece la Reforma, y por qué.—La imprenta y el grabado se unen al pueblo.—Lutero niega la infalibilidad del Papa.—Su carta de sumision á Leon X.—Entrevista del nuevo legado Miltitz con Lutero.—Éste se compromete á tomar por juez de sus doctrinas al Obispo de Salzburgo.—Escribe en este sentido al elector de Sajonia.—Concluida la entrevista, recusa el juicio del episcopado.—Encolerizase contra Miltitz, y llama á Leon X el *Anacristo*.—Digna conducta del Papa.—Lutero busca el escándalo, y quiere disputar.

Lutero habia dicho: «Que hable un Obispo, y me someto.»

El Obispo habia hablado; y Lutero no se habia sometido.

Lutero dijo: «Que se haga conocer mi causa á las Universidades de Lovaina y de Paris, y si me condenan, me someto.»

Condenáronle las Universidades de Paris y de Lovaina; pero Lutero no se sometió.

Lutero dijo: «Quiero llevar mi causa ante el Nuncio del Papa, y si me encuentra culpable, me someto.»

Habló Cayetano, y Lutero no se sometió.

Dijo mas: «Apelo al Papa; su voz es la de Dios.»

Hizose oír la voz de Dios; y Lutero no se sometió.

Entonces apeló al futuro Concilio.